

Modelos de espiritualidad en la Reforma Protestante del siglo XVI

Néstor O. Míguez

Introducción

Ya el propio título nos comienza a crear un dilema, pues la palabra “espiritualidad” es ajena al lenguaje de la Reforma. De hecho, la idea de una vida espiritual existe desde antes del propio cristianismo, tanto en el judaísmo como en otras tradiciones religiosas. Pero la palabra, con su actual carga de significados, solo adquiere un uso más o menos específico a partir del siglo XVII. La palabra comienza a utilizarse regularmente a partir del movimiento católico conocido como “Escuela francesa de espiritualidad”, que tiene como referente al cardenal Pierre de Bérulle (1575-1629). Se inspira en la Contrarreforma, especialmente en la orden jesuítica y sus ejercicios espirituales y en los místicos españoles. Su difusión aparece en realidad como una respuesta al propio protestantismo. El cultivo de espiritualidades católicas, especialmente las devociones, al “Santísimo Sacramento”, o al “Corazón de Jesús”, etc. buscaron poner en el catolicismo popular formas de veneración que resultaran accesibles al gran público. Es decir, la espiritualidad, en las formas que hoy la conocemos y empleamos es mayormente un producto de la modernidad, que, curiosamente, parece confrontar a la propia modernidad.

La dificultad con la palabra y concepto de "espiritualidad"

El término espiritualidad no es un término bíblico. Ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento encontraremos la palabra ni ninguna otra semejante. El primer antecedente lo encontramos en una frase en latín de Pelagio, que usa el término *spiritualitate* con el sentido de la vida guiada por el Espíritu de Dios. Algo similar ocurre con el sentido del término griego *pneumatiké*, que fue traducido al latín como *spiritualitas*. La influencia del platonismo y neoplatonismo griego será decisiva para esto, así como en otras expresiones de la teología cristiana, al separar la realidad espiritual de la materialidad, y adjudicar lo bueno y noble a lo primero y lo corrupto y pecaminoso a lo segundo. Pero justamente por ello nos aleja de la concepción bíblica. Si bien encontramos un principio de helenización hacia fines del tiempo del Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento, esta nunca es tan influyente y no llega a generar una separación tan fuerte entre lo material y lo espiritual, entre materia y espíritu, entre idea y realidad. Esta idea de total separación de lo espiritual de lo material, del cuerpo y el alma, en detrimento de lo material entró en el cristianismo con fuerza, influyendo en el gnosticismo y luego en el movimiento monacal, incluso en Agustín de Hipona. Esto es de destacar pues Lutero fue monje Agustino y sufrió esta influencia, que luego rechazará.

Eduardo Llorens Nuffez, sacerdote jesuita del Centro de Espiritualidad Pedro Arrupe, de La Habana, quien estudia el origen del término, señala: “A partir del siglo XII espiritualidad mantiene *el sentido sobrenatural* y también designa *aquello que no es material*; cuando su uso se asocia al discurso de vida devota e interior *equivale a vida afectiva o interior*”¹. Es importante retener esta idea pues esto es justamente lo que

¹ “Espiritualidad cristiana” en *Revista Vitral* No. 78, año XIII, marzo - abril de 2007. Accesible 4/4/2014 en <http://www.vitral.org/vitral/vitral78/espир.htm>. Las cursivas son mías.

rechaza la reforma. No es casualidad que provenga de la orden que protagonizó a Contrarreforma.

Mientras en la patrística la espiritualidad es considerada una realidad doctrinal, sólo lentamente, doce siglos después, y especialmente en la modernidad, aparece la inquietud por el cultivo de una espiritualidad como algo propio, distinguido de la vida cristiana "normal", como lo entendemos hoy. Los "Ejercicios Espirituales" de Ignacio de Loyola en la Contrarreforma marcan un punto de inflexión en este sentido. Como señalamos, se hace más popular con las devociones católicas desde finales del siglo XVIII, donde aparece vinculado al movimiento romántico dentro del catolicismo. Se podría decir, en sentido lato, que se corresponde como contrapartida al surgimiento del pietismo en el campo evangélico. Como veremos, lo que podría llamarse, con muchas comillas, "espiritualidad" en la Biblia nunca se puede identificar con algo "sobrenatural" y menos aún como distinto y opuesto a lo material, o como una búsqueda en la interioridad. La Reforma, en la medida en que podemos encontrar en ella expresiones de espiritualidad, seguirá más el camino bíblico.

Ya que no encontramos en los textos bíblicos la palabra ni la idea de espiritualidad en su concepción romántica y moderna, lo que nos pueda guiar en esta búsqueda es el discernir la presencia del Espíritu divino. En ese sentido, la "espiritualidad" supone una relación entre el Espíritu de Dios y el espíritu humano. Así lo entenderá Pablo en 1Co 2:10-16:

"Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo".

Para Pablo, más que una espiritualidad en términos de subjetividad o interioridad, que solo podría conocer "lo que está en el hombre", lo que Dios nos ofrece es una "vida en el Espíritu", en tanto el Espíritu habita en nosotros por la gracia de Dios (Ro 8), que se define en una identidad y una ética. Por eso, si bien en esta presentación seguiremos usando el término espiritualidad como una convención general, para seguir una línea evangélica el mismo debe entenderse más bien como "vida en el Espíritu" o "la presencia del Espíritu en la vida del creyente".

Para ser fieles a la tradición, al "espíritu" de la Reforma, veremos algunos pasajes significativos sobre la presencia del Espíritu en los textos bíblicos, tomando en cuenta los comentarios de Lutero sobre los mismos. Es una mirada muy parcial pues la extensión de un estudio más acabado nos llevaría más tiempo del que disponemos acá.

El Espíritu como inspiración creativa

1. La dificultad con la palabra y concepto de "espiritualidad"

El Antiguo Testamento no conoce la idea de una espiritualidad, en los términos en que se conocen hoy en día, como ya hemos señalado. De hecho, el hebreo no es una lengua que de mucho lugar a los sustantivos abstractos. **Ruaj**, por aliento, viento o

espíritu no nos da ningún derivado abstracto, no hay tal cosa como una "ruajicidad". El ruaj, sea el divino o el humano, es siempre una fuerza que actúa, un poder que se manifiesta, una realidad que se expresa. La vida se expresa por el aliento (también *neshamah*). Pero cuando este se separa de la carne, la vida cesa. Separada del cuerpo la *ruaj* humana se pierde, a lo sumo es un remanente inerte que descansa en el *Seol*, la morada de los muertos, desde donde no tiene fuerzas ni para alabar al Señor, según expresa el libro de Salmos (88:9-12; 115:16-18). La vida humana es siempre a la vez vida espiritual y vida material, y separadas ambas languidecen o se extinguen. El Antiguo Testamento, con la excepción de ciertos textos tardíos del periodo helénico, no conoce expresiones de una interioridad que se recrea en una búsqueda de perfección o una subjetividad que se alimenta de emociones provocadas.

Por cierto algunos salmos, o algunos párrafos proféticos, especialmente en Jeremías, nos permiten conocer lo que pasa en la mente y el corazón del autor, sus sentimientos y reflexiones, especialmente frente al dolor, la frustración, o la angustia. El Cantar de los Cantares nos permite adentrarnos en el sentir de los enamorados. Pero ninguna de estas expresiones se asemejan a lo que luego pasara a llamarse "espiritualidad", es decir, el cultivo voluntario de la interioridad, de una religiosidad centrada en la fuerza de las emociones. No digo que ellas no hayan existido, pero no encontraremos en las páginas de las Escrituras hebreas instrucciones dedicadas al ejercicio y búsqueda de la dimensión subjetiva de la fe. Esta siempre debe expresarse en la acción, el cumplimiento de la Ley, en un movimiento hacia afuera, hacia Dios y el prójimo. Esta será también la espiritualidad de la Reforma. No es casualidad que los textos más "espirituales" de Lutero sean sus comentarios a los Salmos, como veremos más adelante. El conocido cap. 58 de Isaías, donde habla del verdadero ayuno, es quizás el párrafo más claro en este sentido: el arrepentimiento y el ejercicio de la piedad, como es el caso del ayuno o las ofrendas, es inútil si no se manifiesta en la extensión del don de la vida al más necesitado. Las tesis 42-46 de Lutero irán en este mismo sentido.²

Por ello, para hablar de "vivencia" y espiritualidad en el Antiguo Testamento es necesario mirar, más que a la subjetividad humana, a la obra del Espíritu de Dios y como ese Espíritu obra, en la creación toda y en el ser humano en particular. Es allí, en el encuentro de la criatura con el Espíritu que le dio vida que se manifiesta lo que el teólogo hebreo podrá reconocer como la "espiritualidad".

El Espíritu en el relato de la creación

Vale la pena detenerse especialmente en el Génesis dado que Lutero dedicó mucho tiempo al estudio de este libro y escribió riquísimos comentarios sobre el mismo. A riesgo de recaer en lo que es muy conocido, debe señalarse la obra del Espíritu divino en la

² 42. Los cristianos deben ser enseñados que no es intención del Papa de que la compra de indulgencias se debe preferir en modo alguno frente a las obras de misericordia

43. Los cristianos deben ser enseñados que el que da a un pobre, o presta a un hombre necesitado, hace una obra mayor que si han comprado los indultos.

44. Porque, el amor crece por una obra de caridad y el hombre llega a ser mejor, mientras que, por medio de los indultos, que no llega a ser mejor, sino sólo más libre de castigo.

45. Los cristianos deben ser enseñados que si ignora a un indigente que encuentra, y pasa de largo, pero usa su dinero para comprar indulgencias, no se compra para sí mismo las indulgencias del Papa, sino la ira de Dios.

46. Los cristianos deben ser enseñados que, a menos que tengan riqueza superflua, que están obligados a disponer lo necesario para el uso de sus propios hogares, y de ninguna manera caer en el lujo de las indulgencias.

creación. Si bien es algo sobre lo que se ha insistido mucho, especialmente en estos tiempos de cuidado de la creación y conciencia ecológica, el énfasis que se destaca aquí es que lo que hace el Espíritu es “crear”, dar existencia a lo que no estaba ni era, poner en movimiento, hacer lugar a lo nuevo. El Espíritu aparece como el ordenador del caos, por un lado, pero en otras manifestaciones aparece también como lo que mueve lo que está quieto, lo que da vida a lo inerte. Lutero, en contraste con Agustín, a quien cita en sentido negativo, destaca el valor de la materialidad de la creación. El orden del Espíritu no es un orden fijo, inamovible, no es el equilibrio y la estabilidad, es justamente lo que introduce lo nuevo, lo que anima lo inanimado, lo que conmueve lo inmóvil. Este será otro de los datos de la espiritualidad de la Reforma.

Esto se manifestará claramente en los relatos de la creación del ser humano. La “espiritualidad humana” no es otra cosa que su condición de ser vivo, portador del aliento divino que le es insuflado en el mismo acto que lo genera. Lutero destaca la diferencia entre la creación del resto de la vida animada con la del ser humano: la tierra o el mar “producen” la vida en los animales, mientras que en el caso del ser humano es el mismo Dios quien lo hace. Y si bien usará la tierra, el polvo de la tierra, eso no alcanza para hacer lo humano: es necesario el soplo del Espíritu para que tenga vida. Podrá el ser humano luego rechazar y negar esa realidad que lo hace viviente, podrá desobedecer y rebelarse contra el Dios que lo lanza al mundo como portador de espíritu y continuador de la tarea creativa, pero de alguna manera está marcado “desde el origen” por esta realidad espiritual, que Lutero ve realizarse plenamente, precisamente, en la encarnación.

Por ello la espiritualidad, en este sentido, no es algo que debemos alcanzar, un ejercicio formativo, una dimensión especial de nuestra vida, sino que consiste básicamente en reconocer de quién venimos, por quién y para qué hemos sido creados. Más que alcanzar la espiritualidad mediante una búsqueda particular de emociones o sentimientos, el teólogo del Génesis nos propone volver a dar lugar a que el Espíritu de Dios se manifieste en nosotros, reconocer su presencia opacada por el pecado como una presencia creadora, como el impulso de la vida. La espiritualidad no es el particular don o ejercicio de algunos seres humanos, no es una búsqueda en la interioridad o la apelación a lo sobrenatural; es la condición de todos los seres humanos en la medida en que, por la gracia de Dios, ese don creacional se manifiesta.

Los salmos

Sin duda es en los Salmos, a los que dedicó varios libros y comentarios, donde Lutero expresa su mayor comprensión de la obra del Espíritu. En la imposibilidad de comentar aquí la totalidad e su acercamiento a estos, me remito al Salmo 51, que comenta en sus “Salmos Penitenciales”, que publica en 1517, el mismo año de *Las 95 tesis*, y de los que hará una segunda edición revisada en 1525. Allí expresa, al comentar el primer verso: “Oh Dios, ningún hombre o criatura me puede auxiliar ni consolar. Tan grande es mi miseria, porque mi mal no es corporal ni temporal. Por ello Dios, que eres eterno, tu solo me puedes ayudar. Ten piedad de mí, puesto que sin tu misericordia todas las cosas son terribles y amargas para mí”.³

Más adelante agregará: “Asimismo, los que por el amor de recompensa o de bienes sirven a Dios, no son constantes tampoco. Si supiesen que no hay premio y si escasean los bienes, cesan en el servicio. [...] Pero los que sirven a Dios de una voluntad recta y buena, están firmes en su servicio, en cualquier situación, en días buenos y malos, puesto que ha sido hechos firmes y constantes por Dios, con una voluntad noble, libre y

³ OML, vol 6, pg. 270

espontánea”.⁴ Nótese el verbo en pasivo: no es que han adquirido tal voluntad por el ejercicio de la piedad, sino que Dios, mediante su Espíritu, les permite ser fieles.

Pero será el Salmo 118, que él llama “su Salmo personal”, donde expresa su profunda seguridad en el auxilio divino. Cito con alguna extensión su comentario al versículo 5, “Desde la angustia invoqué al Señor, y me respondió el Señor poniéndome en lugar espacioso”. Comenta Lutero:

Pero hay que notar aquí la gran ciencia e inteligencia de la fe. En su desgracia no corre de aquí para allá, no llena a todos sus oídos con sus lamentaciones, no maldice ni riñe a sus enemigos. Tampoco murmura contra Dios diciendo “¿Por qué Dios me hace esto? ¿Por qué no a otros que son peores que yo?” No desespera tampoco de Dios que le manda esto. Por ello no lo tiene por airado ni por su enemigo, como lo sugieren poderosamente la carne, el mundo y el diablo, sino que se eleva contra esto y por encima de eso. Puede ver el corazón paterno de Dios a través de tal aspecto adverso. Consigue reconocer el sol a través de las nubes y temporales sombríos, espesos y oscuros, y pese a ello invoca de todo corazón al que lo hiere y que se le presenta tan ásperamente.

Esta es la ciencia sobre todas las ciencias. Es sólo la obra del Espíritu Santo. Los cristianos piadosos y verdaderos la conocen. Los falsos devotos no saben absolutamente nada de esto. Parlotean mucho de buenas obras no habiendo conocido ni realizado ninguna. No la pueden hacer tampoco, ya que esta ciencia es cosa imposible para la naturaleza humana.⁵

Podríamos seguir con interminables citas que profundizan en este sentido. Vale la pena recordar que estos salmos inspirarán luego otro elemento fundamental de lo que podríamos llamar la espiritualidad de la Reforma evangélica: los himnos, sobre lo que volveré más adelante.

La culpa y el perdón

Para entender mejor el desarrollo de la espiritualidad de la Reforma, es necesario reconocer el ambiente cultural sajón en el que surge. A diferencia de la cultura mediterránea en la cual se formó el cristianismo católico, que pone su centro en los méritos y el honor, la mentalidad sajona tiene un fuerte sentido de culpabilidad. La obsesión de Lutero por la confesión diaria, el sentido de penitencia y mortificación, el agobio de su pecado, durante su juventud como monje agustino eremita, le llevaron a la pregunta: ‘¿cómo puedo hallar un Dios misericordioso?’. Es una marca de su ‘alemanidad’, por así decirlo. La fácil exculpación que ofrecían las indulgencias encontraba así un público propicio frente a esa cultura de la culpabilidad, un camino fácil de huída. Frente a un fuerte sentimiento de culpa, tener un papel que se podía comprar y que le decía al pecador que no iba a ser castigado por ello resultaba un alivio. Pero no le alcanzaba a Lutero. Y menos todavía si ello resultaba, no de la penitencia sino de un negocio pecuniario.

De allí hay que entender, entre otras cosas, que su lectura del Nuevo Testamento se centrara justamente en la gracia que ofrece una salvación que libera del sentido de culpa. La justicia de Dios no se ensaña con el culpable, sino que lo libera y restaura. La justicia divina no puede culminar en castigo y muerte, en un eterno sentido de culpabilidad agobiante. Y en las páginas del Nuevo Testamento, especialmente en las cartas de Pablo, Romanos y Gálatas, y en el Evangelio de Juan, es donde Lutero encuentra la respuesta. Tanto que cambia su apellido, del original “Luder” de su padre, a “Luther”, que él relaciona

⁴ OML, vol 6, pg. 276

⁵ OML, vol 6, pg. 325

con el griego *eleutheria*, libertad. Lutero es el liberado.

No debe ser casualidad que la irrupción de la Reforma, en las hoy célebres 95 tesis de octubre de 1517, cuya lectura muestra que todavía su pensamiento sobre la gracia y el papado está en proceso y a principio de camino, haya ocurrido después de dar su curso sobre la Epístola de Pablo a los Romanos, producto de sus clases de exégesis sobre esa carta, que desarrolló en la Universidad de Wittenberg en los años 1515 y 1516. De hecho, el texto de sus clases se perdió y solo fue recuperado en el siglo XIX⁶. Pero el mensaje que percibe queda claro en el prefacio que escribiera en 1522, que comienza diciendo: “Esta carta es la parte principal del Nuevo Testamento y el evangelio más puro”.⁷ Luego agregará en ese prefacio, refiriéndose a que “aún somos pecadores por causa de la carne que todavía no ha muerto”, que porque creemos en Cristo y tenemos el Espíritu, “Dios es tan favorable y misericordioso para con nosotros, que no considera tales pecados, ni quiere juzgarlos, sino que procederá con nosotros según nuestra fe en Cristo, hasta que el pecado sea suprimido”.⁸

Esta visión se profundizará en su posterior comentario a la Epístola de Pablo a los Gálatas, curso que estaba dictando en 1517, al que considera el verdadero manifiesto de la libertad cristiana. Este fue publicado en 1519, después de dos años en los cuales dictó sus cursos de Biblia sobre este texto. Una segunda edición, mejorada y revisada con la colaboración de F. Melancton es de 1523. En el prefacio Lutero señala que “antes que un comentario es un testimonio de mi fe en Cristo”.⁹ Allí, como queda en evidencia en este prefacio, su rompimiento con el papado y la teología escolástica ha sido profundizado, y se ha reafirmado su interpretación de la relación entre ley y Evangelio, centrada en la fe en Cristo que nos es imputada por justicia, en un lenguaje que marca la llamada “interpretación forense” de la justificación por la fe.

La espiritualidad de la Reforma evangélica

Es aquí donde debe buscarse la verdadera espiritualidad de la Reforma: En la obra del Espíritu que alumbra en nosotros la fe en Cristo, por la cual recibimos la gracia salvadora que su amor y misericordia nos ofrecen. Para ello no puedo hacer nada más que reconocer mi condición pecadora, humillarme ante el Dios poderoso, y mirar al rostro misericordioso de Dios que se me presenta en el crucificado. Por la fe en él mis pecados son perdonados, la ley ya no me condena, y puedo vivir en la gracia que me permite seguirle.

Mirar hacia adentro, buscar mi propia esencia, estimular la vida interior, queda excluido de la piedad evangélica. Lutero justamente ve el Espíritu en el mirar hacia afuera, en lo que alumbra la Escritura. El pecado es el hombre “in se incurvatus”, volcado sobre sí mismo; en una figura muy gráfica señala que el pecado está en mirarse el propio ombligo.

⁶ Lutero no publicó personalmente este texto. El mismo fue recuperado a partir de las notas de un estudiante varios siglos después. El prefacio fue escrito independientemente como parte de sus “Prefacios a los libros de la Biblia” (1522).

⁷ *OML*, vol 6, pg. 129 y *OML* vol 10, pg. 11. Cabe destacar, en el metodismo, que la reconocida experiencia de “corazón ardiente” de la calle Aldersgate de Juan Wesley, que comenta en su diario, se produjo mientras “alguien estaba dando lectura al prefacio de a la Epístola a los Romanos de Lutero” (Diario 2 de Juan Wesley, 24 de mayo de 1738, en *Obras de Wesley*, Tomo IX, p. 64: Edición auspiciada por Wesley Heritage Foundation, editor general Justo L. González, Franklin: Providence House Publishers, 1998).

⁸ *OML*, vol 10, pg. 14

⁹ *OML*, vol 8, pg. 22

Lutero sabe de la tentación cotidiana: No hay autoayuda ni resquicio humano para superar mi condición perdida. Sabe también de la lucha con el diablo, y, como dirá en su himno emblema, “con él todo es perdido”.¹⁰ Eso es lo que lo lleva a su distanciamiento con el humanista Erasmo de Rotterdam. “Mi socorro viene de Dios, que hizo los cielos y la tierra” (Salmo 121:1), y no hay otra posibilidad que esa. Por supuesto que Lutero valora la meditación: pero no hay meditación trascendente ni elevación espiritual: la meditación es meditación sobre la Escritura, la lectura, relectura, estudio obsesivo de la Palabra de Dios según el testimonio bíblico: “Bienaventurado el hombre [...] que se deleita en la ley del Señor y en su ley medita de día y de noche” (Salmo 1:1-2). Esa lectura inspirada es la que alienta la verdadera espiritualidad: “El mismo Espíritu que inspiró la Escritura debe inspirar su lectura”. Será esta vida del Espíritu en mí por gracia de la Palabra que me llevará a las buenas obras, y nunca el camino inverso. La propia vida y obra del Reformador, aún con sus fallas y reconocidos errores, y la de sus seguidores, refleja esta particular forma de piedad.

Ahora bien, la Reforma, los reformadores y Lutero en particular eran conscientes que ello no estaba al alcance de todos en la forma en que lo puede hacer un profesor de teología, que no todos podían llevar una vida monacal, sino que esa vocación cristiana también se ejerce en la vida cotidiana de todos los creyentes, y que la vocación secular, el “oficio” de cada uno y cada una, cumplido con integridad y en el Espíritu del Señor, es también culto a Dios. Esto le lleva a renegar del sentido jerárquico y la distinción entre clero y laicado –si bien reconoce funciones diversas—y destacar la hermandad cristiana. Hay una espiritualidad secular, digamos así, en el cumplir adecuada y amorosamente nuestro papel en la sociedad. El sacerdocio universal de los creyentes no es que cada uno individualmente es un sacerdote, sino que, como cuerpo de Cristo, cada uno según su vocación, realizamos la función sacerdotal. La espiritualidad y el sacerdocio se ejercen también y fundamentalmente, no en la excepcionalidad o en la vida “sobrenatural”, sino en la diaconía que nos pone al servicio del prójimo como expresión del Espíritu que obra en nosotros. Como lo diría siglos más tarde Bonhoeffer, es el Dios que obra “in me pro aliter”, “en mí, a favor de los otros”.

Ese sentido de comunidad, de que la fe no se vive en soledad, también debe señalarse como parte de la espiritualidad de la Reforma. Tomás Kaufmann, uno de los estudiosos más destacados en la actualidad de la Reforma y Lutero, lo señala: “Dado que para Lutero el Evangelio debe proclamarse públicamente, y dado que, en todos los lugares donde resuena, funda en Cristo la fe en la reconciliación de Dios y hace, por tanto, que surja la comunidad, esto es, la iglesia de Jesucristo, a esta proclamación le es

¹⁰ Parte final de la primera estrofa y comienzo de la segunda de “Castillo fuerte”:

Con furia y con afán
Acósanos Satán,
Por armas deja ver
Astucia y gran poder;
Cual él no hay en la tierra.

Nuestro valor es nada aquí,
Con él todo es perdido;
Mas con nosotros luchará
De Dios, el escogido.
Es nuestro Rey Jesús,
El que murió en la cruz...

Cántico Nuevo, Buenos Aires: Methopress, 1962, Himno 278

desde luego inherente la referencia a los demás cristianos”.¹¹

Esa espiritualidad de la vida cotidiana, y ese meditar continuo en la Escritura exigía varias cosas, que no pueden separarse de la espiritualidad de la Reforma: el acceso común a la Escritura, pero también en la participación de todo el pueblo en la liturgia. Y eso requería cambiar el idioma de la misa, modificarla en sus formas, incorporar expresiones que todo el pueblo pudiera seguir. La predicación fue un arma fundamental de la Reforma, y tanto Lutero como Calvino la pusieron en el centro del culto cristiano, e hicieron de ella el lugar privilegiado para la explicación y difusión del mensaje evangélico.

La himnología de la Reforma, las propias composiciones de Lutero, son una muestra de ello, aunque en esto Calvino fue menos entusiasta. Y lo es no solo en sus letras sino también en su música: los himnos debían ser cantables, y por lo tanto en el tono y gusto musical de las gentes comunes. Y si bien es exagerado decir, como algunos han insinuado, que Lutero usaba “música de cantina” para sus himnos, es cierto que en sus composiciones musicales –Lutero tenía una buena formación en este arte—recurría a la estructura y armonías de la música popular de su tiempo. El pueblo canta su fe y su confianza en quien nos ha venido del cielo a traer salvación (“Del alto cielo enviado soy”).¹² Ese Dios es mi “Castillo fuerte”.¹³ En 1524 Lutero, junto a Pablo Speratus, elabora su primer himnario, con 8 composiciones, de las cuales 4 son del reformador de Wittenberg. La transformación litúrgica que instala la reforma, y que tomó distintas expresiones, algunas de ellas impulsadas por sus seguidores e incluso demasiado “populistas” para el gusto de Lutero, quizás tuvo más impacto en el nivel del pueblo que las elucubraciones teológicas, aunque los reformadores se preocupaban mucho en que también estas estuvieran accesibles, como lo demuestra su “Catecismo menor”, escrito en un tono casi infantil.

Otras manifestaciones espirituales

Y ya que mencionamos lo que Lutero concibió como “excesos”, y que en algunos casos, como el más notable de Andreas Karlstadt, lo llevó a una separación e incluso distanciamiento fuerte, haremos referencia al caso de su desacuerdo con los llamados “profetas de Zwickau”. Porque hace justamente a su comprensión de la acción del Espíritu. Los profetas de Zwickau, con Tomás Müntzer, constituyeron un ala radical de la Reforma, fuertemente ligado a la llamada “guerra de los campesinos”, una insurrección de ciertos grupos campesinos que reivindicaban su autonomía y confrontaban tanto a la aristocracia medieval como al creciente poder burgués. Cuando llegaron a Wittenberg, en ausencia de Lutero, encontraron buena respuesta en Karlstadt y otros miembros jóvenes del grupo de Lutero. Sin embargo el propio Lutero los rechaza en lo que probablemente sea el más ambiguo y controversial episodio de su vida pública.

En el terreno religioso, dejando de lado por ahora el económico y político, que merece otro tipo de análisis, estos “profetas” reclamaban el don de profecía, la posibilidad de recibir revelaciones especiales, de tener mensajes directos de Dios y de ser investidos de un poder y autoridad conferida directamente desde el cielo. Lutero rechazó esos reclamos. Todo mensaje, respondió, viene directa y solamente de la Biblia. El Espíritu se

¹¹ Thomas Kaufmann: *Martín Lutero. Vida, mundo, palabra*. Madrid: Trotta, 2017, p. 95.

¹² Himno navideño compuesto por Martín Lutero. Una versión breve en *Cántico Nuevo*, Himno 57. Otra traducción del himno completo se puede acceder en <http://www.himnosevangelicos.com/showhymn.php?hymnid=72>

¹³ Himno emblemático de la Reforma. Hay varias otras versiones y traducciones al castellano.

manifiesta en la lectura e interpretación bíblica. Toda inspiración debe ser confrontada con la Palabra escrita, y no puede ser superior o contradictoria con esta. Los dones múltiples, que Lutero reconoce, derivan del único carisma fundamental, que es la gracia divina, y esta surge de la fe en Jesucristo, guiada por su Palabra.

Elo no obsta para que Lutero interpretara sus propios tiempos a la luz de las profecías, y en ese sentido tuviera la convicción de que se estaban viviendo los últimos tiempos. Si bien no le atraían los textos apocalípticos, y los tenía bastante atrás en sus lecturas bíblicas preferidas y en su particular prioridad canónica, no por ello dejaba de creer en la inminente manifestación final del Mesías, y veía su propia Reforma, frente a la corrupción eclesial, como un signo de que estos días finales estaban cercanos. No especulaba con fechas y oportunidades, nunca dijo que ocurrirían en su propia vida, pero tampoco lo desdeñó, y por el contrario se entendía a sí mismo como un “profeta de los últimos tiempos”.¹⁴

Concluyendo

En una palabra, la espiritualidad de la Reforma es una espiritualidad bíblica. Puede manifestarse de muchas y variadas maneras, pero no puede ser separada de ninguna manera, ni estar centrada en ningún otro lugar, ningún ejercicio, ninguna interioridad que no sea la que surge de la fe en Jesucristo según el testimonio bíblico.

Ese “testimonio externo”, sin embargo, alumbra profundamente la convicción de fe, el camino de salvación, que ya no es del propio yo, sino del Cristo que vive en mí. Culmino con el propio Lutero, comentando la oración del Salmo 32, verso 10:

Tú me pides que te salve. No dejes que ello te pese. No me enseñes tu a mí, tampoco te enseñes a ti, confíate a mí. Yo quiero ser para ti maestro suficiente, yo te quiero conducir por el camino en el que tú debes andar según mi agrado. A ti se te ocurre que todo está arruinado si no va como tú piensas. El pensar es perjudicial para ti y a mí me estorba. No debes ir según tu entendimiento, sino sobre tu entendimiento. Sumérgete en el no-entendimiento y yo te daré mi entendimiento. No saber hacia dónde vas, eso es saber rectamente hacia dónde vas. Mi entendimiento te hace totalmente incapaz de entender. Así se fue Abram de su patria y no sabía hacia dónde. Él se entregó a mi saber y abandonó su saber y llegó por el camino recto al recto fin. Mira, ese es el camino de la cruz; a él tú no lo puedes encontrar, sino que yo te debo guiar, como a un ciego”.¹⁵

La espiritualidad evangélica es abandonarse a la presencia del Espíritu. Fuera de ello no hay otra.

¹⁴ T. Kaufmann, *Martín Lutero*, p. 20.

¹⁵ Tomo la traducción de Daniel Beros en: Hans J. Iwand: *Justicia de la fe*. Buenos Aires, Ediciones La Aurora, 2015, p. 162.